

Estimado Néstor:

La larga huelga de correos en Francia, mi abrumador trabajo de noviembre y diciembre, mi cansancio acumulado de todo el año me hicieron diferir el proyecto de acusar recibo inmediato de tu triste carta de hace tres meses.

A ti se te fue tu padre y tu mejor amigo. A tu madre y a tus hermanos se les derrumbó el gran pilar de la familia (sensatez, sabiduría, ternura). Y a mí — crédmelo — se me fue un amigo fraternal, luminoso, benevolente, benéfico. ¡Todos hemos perdido! ¡Gran Hermínio nuestro!

La cuenta de los beneficios que llegó a dispensarme empezó en la muy leal, franca y fuerte Lérida de 1930: amistad, consejos, estímulos, camaradería, servicios (¡se obstinó — al recibirme — en llevar mi maleta mientras guiaba mis pasos hacia el hotel!, y acabó llevando mi alma inexperta por más de un sendero de superación). Dos años allá, en las tierras del Segre, bajo su égida. Siete años a continuación recibiendo yo el maná de su pulcra y entrañable correspondencia. Largos y lentos paseos por la Avenida del Observatorio en 1939, en París, soñando yo en las estrellas, pidiéndole a él que escribiera un libro-guía para el cielo estrellado, y embarcándome él a mí para que acometiera yo esta empresa. Separación posterior, cruel, traumática; pero sin que llegara a faltarme jamás el flujo de sus cartas, sus libros (para mí, para mi mujer, para mis hijas), sus estímulos y su indefectible amistad. Y yo... ¡cuán poco he hecho por él!

Forzoso os será levantar los corazones. Rechacemos el excesivo tono elegíaco. Quedémonos más bien todos con el reconfortante aliento de haber sido queridos por un hombre excepcional. Yo lo tenía — ¡y lo tengo! — puesto en el pedestal solidario de los eximios heterodoxos españoles, de los heterodoxos de todas las opiniones mayoritarias recibidas a lo largo de la absorbente y exclusivista tradición española. Hombre levadura, heterodoxo sin obstinación, casi sin ganas, sin prurito de singularizarse, sintiendo más bien pesadumbre y dolor ante el imperativo moral de tener que serlo... Y sobre todo (no lo tomes a comexón polémica): heterodoxo suave, prudente, quitado de bulla, de ésos que ven las cosas por dentro, de los que no renuncian a la dulzura, al señorío ancestral, al ademán estoico, al honor, a la verdad multifacética. — Triste sino el de